

Una renovación olvidada. Participación, pragmatismo y enfoque social en la museología de Iker Larrauri

Alejandro Sabido Sánchez-Juárez*

El trabajo de Iker Larrauri cuenta con algunas menciones fuera de nuestras fronteras, notablemente la de Hugues de Varine-Bohan en la revista *Museum International* de 1976 y algunas otras referencias de tesis internacionales en tiempos recientes: Maki Komatsu (2003), Gabriela Conde Ulloa (2016), Cintia Velázquez Marroni (2015) y Félix Barboza Retana (1995). El tratamiento del trabajo de Larrauri es meramente referencial a la existencia del Programa de Museos Escolares y a la Política de Museos del INAH, propuesta en 1976.

En este artículo, tras constatar la vigencia de ambos textos, hago una revisión *ex post*, a poco más de 40 años de distancia: una tarea relevante cuando algunos conceptos centrales al planteamiento de Larrauri se encuentran hoy flotando en las museologías de artículos y las iniciativas comerciales disfrazadas de trabajo técnico que circulan en el campo museal contemporáneo.

POLÍTICA DE MUSEOS DEL INAH DE 1976

A nivel institucional, por no decir en el contexto nacional, las políticas de museos han sido, por decir lo menos, escasas. Podríamos mencionar el Programa Nacional de Museos de 1986 o los Lineamientos de Trabajo para Museos 2001-2006 como ejemplos de documentos públicos que orientaron las acciones de los museos del INAH. Aunque cada administración produce documentos normativos y textos que orientan el quehacer institucional, en muchas ocasiones permanecen con un carácter interno y difícilmente incorporan un diagnóstico global, proponen directrices y mecanismos de implementación.

Uno de los elementos más relevantes de la Política de Museos del INAH de 1976 consiste en realizar un análisis pragmático de la situación, un enfoque descarnado de la realidad que nombra y valora la situación de forma clara y crítica:

1 Reconocimiento de un desarrollo “acelerado y anárquico”¹ (Larrauri, 1976:1) que responde en muchas ocasiones a “factores e intereses externos” (Larrauri, 1976: 1) que al momento se desarrollaban sin una base normativa común y en que las asimetrías entre los museos no sólo implicaban una asignación de recursos desproporcionada,

sino que colocaba a un puñado de museos como “absorbentes” (Larrauri, 1976: 2) de colecciones, tecnología, personal capacitado y medios museográficos.

- 2 Un “espíritu heredado” de la tradición museográfica europea que privilegia las cualidades estéticas de los bienes patrimoniales por encima de una interpretación crítica. Este énfasis en lo único y excepcional “ofrece una visión irreal, distorsionada o falsa de las sociedades que los produjeron” (Larrauri, 1976: 2).
- 3 El reconocimiento de que esta asimetría entre los museos del instituto produce tensiones que llevan, por un lado, al empeño por parte de los museos especializados a emprender “costosas museografías destinadas al mejor lucimiento de los locales de exhibición” y, por el otro, “[...] estimula en los museos más pobres un deseo irracional de imitarlos” (Larrauri, 1976: 2).
- 4 La necesidad de fortalecer los servicios educativos y afianzar la comunicación con el público.

CONSIDERACIONES GENERALES

Esta política reconoce el centralismo prevaleciente en la institución en lo relativo a información, recursos técnicos, colecciones y canales de divulgación, y propone acciones para potenciar las relaciones entre los órganos centrales y un sistema estructurado a partir de regiones operativas. Sin embargo, la preocupación medular de esta política gravita en torno a una crisis de los museos: “[...] la falta de correspondencia entre la orientación, organización y expresión de sus contenidos y las condiciones sociales dentro de las cuales actúan” (Larrauri, 1976: 3).

Con la Mesa Redonda de Santiago de Chile a cuatro años de distancia, llama la atención la claridad con que una museología propiamente social delimita tres problemáticas específicas:

1 Divorcio de la acción museal de las necesidades de su contexto: “Los problemas que actualmente enfrenta el país y que afectan fundamentalmente a los grupos mayoritarios y más necesitados de la población, no se expresan ni se explican en los museos” (Larrauri, 1976: 3).



Iker Larrauri, *Cacería de patos*, 1965, acrílico/masonite, 30 x 63 cm **Fotografía** © Gliserio Castañeda García

- 2 Distanciamiento por parte de las instituciones de su razón de ser y clara desatención de su función social: “El carácter elitista de éstos se manifiesta en su incapacidad para responder adecuadamente a las necesidades de aquellos a quienes pretenden servir [...] lejos de ofrecer una interpretación cultural que pudiera contribuir a la realización de justas aspiraciones colectivas dentro de las tendencias más progresistas” (Larrauri, 1976: 3).
- 3 Instrumentalidad reproductora de estamentos hegemónicos no sólo del capital, sino también del conocimiento: “Se sigue dando la visión de la realidad que más conviene a los intereses de los grupos que tienen en sus manos y controlan la riqueza y los conocimientos” (Larrauri, 1976: 3).

En la bibliografía contemporánea son frecuentes las referencias a la nueva museología británica y su análisis sobre la representación (Vergo, 1997), la crítica francesa a la tendencia hacia un conservadurismo protector por parte de las instituciones (Mairesse, 2015) o el análisis preciso de la socio-museología luso-brasileña (Assunção, 2010) sobre el papel del museo ante el sistema económico vigente y su capacidad de inclusión-exclusión.

Este documento, realizado hace más de 40 años, no se limita a proponer un análisis desde una perspectiva académica de estos fenómenos, sino que su sentido se encuentra dirigido a la capacidad para instrumentar una política pública que incorpore y proponga soluciones a estos fenómenos para un contexto específico.

En el trasfondo de esta política identificamos la urgencia de vincular activamente la investigación hacia los problemas

del museo y de las comunidades en que se encuentran insertos desde una perspectiva que trasciende las fronteras disciplinarias. Es un documento de carácter normativo que reconoce “la necesidad de una participación más activa y una mayor dedicación de los investigadores, abocándose a la investigación interdisciplinaria tendiente a resolver los problemas prácticos del museo y las necesidades de la comunidad” (Larrauri, 1976: 4).

El enfoque es indudablemente instrumental. Los museos tienen un propósito y destinatarios específicos, pero a cuatro décadas de distancia tal enfoque aparece como una ventana de pertinencia gracias a su énfasis en la participación social.

Si se revisa la producción contemporánea en torno al conflicto de representación de las instituciones (Teivainen y Trommer, 2017; Rittberger, 2005; Thomassen y Schmitt, 1997; Guitián, 2001; Jellinek, 2000) se constatará la vitalidad de la propuesta de Larrauri. La implicación activa obedece a un proyecto social y, por lo tanto, la definición de funciones básicas para un museo en su política contiene ya un cambio en el patrón tradicional de relaciones:

Reunir, estudiar, conservar y exhibir los bienes culturales relativos a la antropología y la historia; divulgar y transmitir su conocimiento y promover el interés del público favoreciendo su participación en las tareas que llevan a cabo con el propósito de aportar a través del conocimiento de los objetos y de su significación como testimonios de los procesos que han dado lugar a la realidad presente elementos de juicio que permitan comprenderla y evaluarla críticamente [Larrauri, 1976: 4].

Los postulados centrales de esta política plantean a los museos como parte inseparable de la estructura orgánica institucional, así como el establecimiento de un sistema nacional articulado a partir de subsistemas regionales. Enfatiza en la acción museal como un servicio público que atiende las necesidades de los visitantes y señala que los objetos contenidos en las colecciones de los museos son de dominio público y no propiedad particular de la institución.

En una visión rápida podríamos concentrar los elementos constitutivos de este documento en los siguientes puntos:

- Un enfoque curatorial que no sólo asume la estructuración discursiva, sino también el cuidado de las colecciones.
- Redistribución de las colecciones de los museos, reintegración de acervos a su lugar de origen y trabajo participativo para “completar” las colecciones (Larrauri, 1976: 5).
- La museografía como realismo pedagógico: “[...] orientación didáctica dentro de un esquema histórico que explique los procesos que han dado lugar a las situaciones y productos culturales que se muestran [...] dirigida principalmente a aquellas personas que carecen de otros medios para satisfacer sus necesidades de conocimiento” (Larrauri, 1976: 5).
- Propiciar soluciones museográficas eficaces y de bajo costo, mediante la normalización de formas y dimensiones, diseños de fácil instalación, mantenimiento y reposición, así como el empleo de materiales y mano de obra locales.
- Modificar la posición tradicional del espectador y hacer copartícipes a aquellos a “quienes pretende servir el museo” en sus tareas centrales. En una frase: “Es más importante ‘meter’ los museos en la vida de la gente y en su medio social que meter más gente a los museos” (Larrauri, 1976: 6).
- Trascender el enfoque que se centra en la presentación de los logros de culturas de épocas pretéritas y “[...] servir para captar y reflejar los de la comunidad en la que actúan [...] y comunicar no sólo lo que a juicio de los estudiosos tiene un valor señalado, sino también aquello que interesa y es apreciado dentro de la misma comunidad” (Larrauri, 1976: 6).
- Finalmente, los museos deben servir “no sólo para llevar la cultura al pueblo, sino también para que en ellos se capte y exprese la cultura del pueblo” (Larrauri, 1976: 6).

Este marco de actuación resultó innovador no sólo por su conciencia social, sino también por ser el primero a nivel nacional en incluir una visión sistémica propia de su tiempo

(Bertalanffy, 1968), ya que regionalizaba la acción institucional y enfatizaba en la necesidad de normas y procedimientos. También incorporaba elementos que hoy nos parecen indispensables: el papel de los técnicos en conservación dentro de los museos, la capacitación constante del personal y la necesidad de contar con publicaciones de carácter educativo, técnico y de divulgación de las “especialidades museográficas” (Larrauri, 1976: 8).

En una revisión desde el presente es importante mencionar que algunos de los elementos señalados han sido atendidos de modo paulatino: el impulso a la creación de los museos pequeños, el registro, catalogación y manejo de los bienes culturales, las estadísticas de visitantes y los medios para evaluar la efectividad de las exposiciones. Se trata de tareas que han sido atendidas en estos últimos 40 años y en las que se trabaja en la actualidad para mejorar su alcance e impacto.

Para cerrar la revisión de esta política, es importante rescatar una idea contenida en su último párrafo:

[...] conviene además orientar claramente los proyectos de reestructuración y creación de nuevos museos en el sentido previsto, evitando la aceptación de aquellos compromisos que no se pudieran ajustar al plan general y que por lo tanto quedarían fuera del sistema y distraerían recursos necesarios para aplicarse en el mejoramiento y adaptación de los museos existentes (Larrauri, 1976: 9).

En tiempos en que la creación de museos es vista como una carta de posicionamiento político por parte de titulares del poder ejecutivo en los más diversos niveles de gobierno, su vigencia es indudable.

PROGRAMA DE MUSEOS ESCOLARES, MÉXICO

El otro componente de esta revisión es el inmensamente exitoso Programa de Museos Escolares, el cual comenzó a implementarse en 1972 y que en tan solo tres años, tal como se describe en el artículo que Larrauri escribió para *Museum International* (1975), logró la instalación de 400 museos escolares en siete estados.

La finalidad explícita de este programa era el desarrollo de un museo en cada escuela del país, pero en su planteamiento se incluyó una misión más profunda: cambiar en forma radical la relación de la institución-museo con sus públicos a través de una participación activa.

El programa se desarrolló para operar en las condiciones específicas del país; debía implementarse en poco tiempo y con pocos recursos; sería incorporado al Sistema Educativo Nacional, detonado por el INAH, aunque continuaría sin su acción directa. Cualquier escuela participaría en este programa de manera voluntaria y su desarrollo, seguimiento y continuidad dependerían del interés de cada comunidad escolar.

Una oficina coordinadora comenzó el programa desde la Dirección de Museos, con la convergencia de las autoridades educativas y de maestros comisionados —previamente capacitados—. Su diseño incorporó una estrategia de acompañamiento y dispersión que logró una progresión geométrica en sus primeros años. En las escuelas se instalaba un consejo que integraba a alumnos y maestros elegidos mediante asamblea y los alumnos que lo desearan se involucraban con este museo escolar a lo largo del ciclo escolar.

La innovación radical de este programa residía en el papel activo que tomaba la comunidad escolar no para dar cauce a un museo local, sino para asumir, explorar y desarrollar soluciones a las tareas museológicas. Más que la implantación territorial de una institución ubicua, el museo escolar era la oportunidad de dar un uso colectivo a una serie de herramientas para el conocimiento, la valoración, la puesta en presencia y la interpretación de aquello que confería sentido, inteligibilidad y cohesión a una comunidad específica.

En cada ciclo del museo escolar los alumnos debían explorar su entorno, identificar aquellos elementos que resultaran relevantes e indagar colectivamente su posible significado. Al colectivizar la investigación, preservación, montaje y difusión, hacían propias las acciones museales y actualizaban su validez. Más tarde el museo podía ser desmantelado y algunas piezas se integraban al acervo local o se prestaban a otros recintos. Poner en tensión el carácter permanente de la solución museográfica e introducir un carácter cíclico al proceso museal abría a la participación las capacidades productivas, intelectivas y creativas. De esta forma la acción museológica salía de las manos del especialista y se sumaba a las herramientas con que una comunidad podía hacer frente a su realidad.

CONCLUSIÓN

Un año particularmente complejo en la vida nacional fue el de 1976: las elecciones presidenciales y la devaluación cerraron un ciclo que impactó a las instituciones del Estado. La continuidad de las propuestas de Iker Larrauri quedó en entredicho dada la *tabula rasa* de los cambios de administración y una crisis apenas inaugurada en el imaginario y que nos acompaña hasta nuestros días. A 41 años de distancia, su actualidad no sólo nos sorprende, sino que también nos hace cuestionarnos por todas aquellas aportaciones que permanecen en el sueño de los archiveros y que nos ayudarían a enfrentar nuestra realidad desde otras perspectivas.

La coherencia institucional, la centralidad de las necesidades como piedra de toque de toda política y las vías para la actualización de los problemas de representación y participación en los asuntos públicos manifiestas en las propuestas museológicas de Iker Larrauri obligan a rasgar el velo del olvido y propiciar un diálogo entre generaciones, profesiones y posturas museológicas, antes que deslumbrarse ante los neo-

logismos descontextualizados y el culto a las voces sancionadas desde las metrópolis.

Es tiempo de volver a mirar los museos y preguntarnos por “la falta de correspondencia entre la orientación, organización y expresión de sus contenidos y las condiciones sociales dentro de las cuales actúan” (Larrauri, 1976: 9) .✚

* Subdirector de Documentación, Información y Normas, CNME-INAH.

Nota

¹ A lo largo de este apartado, todas las referencias que aparecen entre comillas se tomaron directamente de la Política de Museos del INAH, realizada por Iker Larrauri y su equipo en 1976. El CIDIM cuenta con una versión impresa y una digital del documento, disponibles para consulta. Para mayor facilidad, las páginas indicadas en este texto corresponden a la versión digital.

Bibliografía

- Assunção dos Santos, P., y J. Primo, “Understanding New Museology in the 21st Century”, *Cadernos de Sociomuseologia*, núm. 37, 2010, pp. 5-13.
- Barboza Retana, F. A., “Museums in Latin American Countries: Role, Issues, and Perspectives”, tesis de doctorado, Lubbock, Tech University, 1995.
- Bertalanffy, L. von, *General System Theory*, Nueva York, George Braziller, 1968.
- Gutián, E. G., “Crisis de la representación política: las exigencias de la política de la presencia”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 111, 2001.
- Jellinek, G., *Teoría general del Estado*, México, FCE, 2000.
- Komatsu, M., *Towards the Development of Grassroots Cultural Activities: Mexican Cultural Policy and the Case of Community Museums*, Tokio, University of Tokyo, 2003.
- Larrauri, Iker, *Política de museos del INAH*, México, Dirección de Museos-INAH (Cuadernos de los Museos), 1976.
- _____, “The School Museum Programme in Mexico”, *Museum International*, vol. 27, núm. 2, 1975, pp. 61-70.
- Mairesse, F., “Museology at a Crossroads”, *Museologica Brunensia*, núm. 2, otoño de 2015, pp. 4-9.
- Rittberger, B., *Building Europe's Parliament: Democratic Representation Beyond the Nation State*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
- Teivainen, T., y S. Trommer, “Representation Beyond the State: Towards Transnational Democratic Non-State Politics”, *Globalizations*, vol. 14, núm. 1, 2017, pp. 17-31.
- Thomassen, J., y H. Schmitt, “Policy Representation”, *European Journal of Political Research*, vol. 32, núm. 2, 1997, pp. 165-184.
- Ulloa Conde, G., “The National Museum of Anthropology as a Contact Zone. Shaping a National Identity for the Mexican People”, tesis de maestría, Leiden, Museums and Collections-Universiteit Leiden, 2016.
- Varine-Bohan, H., “The Modern Museum: Requirements and Problems of a New Approach”, *Museum International*, vol. 28, núm. 3, 1976, pp. 131-144.
- Velázquez Marrón, C., “Understanding the Past in the History Museum. Visitor Research in Two Mexican Museums”, tesis de doctorado, Leicester, School of Museum Studies-University of Leicester, 2015.
- Vergo, Peter (ed.), *The New Museology*, Londres, Reaktion Books/cpi/Bath Press, 1997.



Iker Larrauri, *Tumba 104 de Monte Albán*, 1966, acrílico/óleo sobre masonite, 54 x 42 cm **Fotografía** © Gliserio Castañeda García